

# EL VIAJE

Por: Lucas Remírez Eguía

## X

El bullicio en la estación es ensordecedor. Un ir y venir frenético de gente por los andenes se mezcla con los pitidos de las locomotoras que llegan o anuncian su salida. A eso se le añaden las voces de los mozos de cuerda ofreciendo sus servicios, el ruido producido por el resbalar de las ruedas de las máquinas de vapor al iniciar el movimiento, el choque de los topes de los vagones, unos con otros, en la maniobras de los convoyes, o el sonido del vapor al ser expulsado por las locomotoras; si todo eso se envuelve en el humo que éstas sueltan, que sube hasta chocar en el techo acristalado de la estación, se adereza con el sonido estridente del silbato de los jefes de estación, dando la salida a los trenes y el monótono hablar de la megafonía anunciando llegadas o salidas, podremos hacernos una idea del ambiente en el que Mundi y yo nos encontramos hablando de nuestras cosas.

Estamos en la cantina de la estación, lo que amortigua en parte el sonido del exterior. Hemos tenido suerte y ocupamos una mesa de mármol blanco, con patas de hierro forjado, que está pegada a uno de los ventanales que dan a los andenes. La barra de la cantina está ocupada por completo por gente que, con prisas, demandan a los tres camareros, con mandiles grises a rayas, que atienden detrás de la barra. Dos de ellos, tratan de satisfacer los pedidos de los clientes mientras, el tercero, lava vasos, tazas, platillos y cubiertos, en una pilastra de granito situada debajo de la barra, en la que el agua entra por un lado procedente de un grifo y por el otro sale mezclada con restos de espuma de jabón. Un tercer camarero se desliza entre las mesas a velocidad de vértigo, llevando en alto una bandeja sujeta con una mano por encima de la cabeza de forma inverosímil, repleta de tazas humeantes, vasos llenos, platillos y botellas; del otro brazo pende un paño blanco, doblado, con el que limpia la superficie de las mesas que se han quedado vacías.

Faltan pocos días para la Navidad, el invierno es crudo y está empezando a anochecer. Mundi se me ha presentado envuelto en su capa. Mientras yo tomo un cafelito caliente, él, empieza a pelar la primera castaña asada, de las que tiene en un cucurucho de papel de periódico, que le he comprado a una castañera que está en la puerta de la estación.

—Es el segundo año, desde que estoy en el colegio, que voy a casa en Navidad —me dice—. En los años que estuve en Padrón, las pasé allí. Mi madre no tenía dinero para pagarme el billete.

—No sabes lo que me alegro, seguro que te las vas a pasar en grande.

—Viene mi tía de Inglaterra, ya sabes, la que me enseñó a hablar en inglés. Así que practicaré por obligación pues seguro que todos los días me hace hablar con ella. No te creas que me apetece mucho, yo, lo que quiero en estos días, es jugar con mis primos y mis amigos y olvidarme de las clases.

—Bueno no te viene mal, ya que, ni tus primos, ni tus amigos, ni tu madre, hablan inglés y te conviene no dejarlo pues el día de mañana te va a servir un montón.

—Si tú lo dices, lo que estudiamos en el cole es francés y a mí me gusta.

Ha pelado la primera castaña y sin ningún rubor ha tirado las cáscaras al suelo. Su mirada se ha cruzado con la mía y algo en su interior le ha dicho que la cosa no estaba bien, así que las peladuras de la segunda las deja en un montón en la mesa y yo estoy ansioso de ver, cuando termine con todas, qué hace con las cáscaras. Con una mano frota una parte del cristal del ventanal, cubierto de vaho, para poder ver la llegada de un tren que lleva los techos de los vagones cubiertos de nieve. Por delante de la ventana pasan raudos media docena de mozos, con sus carretillas de mano, prestos a ofrecerse para llevar los equipajes de los viajeros hasta la salida.

—A propósito, ¿con quién haces el viaje?

—Mira ¿ves aquel grupo de cinco chicos en aquel banco?—me dice, mirando por el cristal y señalando con el dedo en dirección a donde se encuentran los chicos.

—Esos son pínfanos mayores, unos del Bajo y otros del Alto, el que está ahora dándole la calada al cigarrillo vive dos portales más allá de mi casa, nuestras madres son amigas y él se encarga de traerme y llevarme.

Están los cinco sentados, en un banco próximo a un andén, muy pegados para mitigar el frío, hablando sin parar mientras se van pasando el pitillo de unos a otros.

—¿Qué te gusta a ti comer más en las navidades?—me pregunta de sopetón.

Decido contestarle a la gallega.

—Depende, ¿a ti?

—A mí, el turrón duro, las barritas de guirlache y los polvorones. El turrón lo parte mi madre en trozos con el martillo y los polvorones les aprieto fuerte con el papel puesto y cuando se hacen una bola, les quito el papel y me los meto a la boca. ¿A ti no te gusta el cardo?

—Pues no mucho, cuando era como tú no me gustaba nada.

—A mi sí —me dice— aunque me amarga un poco. Mi madre siempre pone en Nochebuena cardo y besugo asado, pero a mí lo que más me gustan son los postres, lo que pasa es que no me dejan comer hasta que no llega Nochebuena. ¿Te gusta la compota de frutas? —sin darme tiempo a intervenir, él mismo se contesta— A mí sí — y sigue: ¿Tú con quién pasas la navidades?

—Yo con mi familia, nos reunimos todos en casa del abuelo, al menos la noche del 24 y el día de Navidad.

No me deja terminar y me aclara.

—Yo la Nochebuena la paso en casa con mi madre y mi tía y la Nochevieja en casa de mis primos donde nos juntamos toda la familia.

El tren que ha llegado, una vez desocupado de viajeros, inicia la maniobra hacia atrás. Uno de los maquinistas, envuelto en un mono azul y un chaquetón oscuro, está con un pie en la escalera de acceso a la cabina de la máquina y medio cuerpo fuera, mirando para atrás para seguir las indicaciones del jefe de estación.

—¿Y los reyes? ¿Has pedido muchas cosas a los reyes?

Antes de contestar, termina la última castaña y mete todas las cáscaras en el cucurucho de papel.

—Yo por pedir que no quede pero, para empezar, he suspendido la Geografía, y la verdad es que no se suelen portar muy bien conmigo. He pedido un mecano y un arco con flechas, de esas que tienen una ventosa en la punta, y una construcción de madera y lápices de colores y un libro de cuentos a los reyes de mi tía.

—Oye, ¿tú creíste mucho tiempo en los reyes?—me suelta.

Por la pregunta deduzco que él ya no.

—Verás—le contesto— cuando descubrí el pastel, me llevé una gran desilusión y algo dentro de mí me animaba a seguir creyendo y todavía hoy, las vísperas de reyes, mantengo la ilusión de entonces, aunque haga mucho tiempo que me tocó ejercer de rey mago con los míos.

—A mi me lo chivó Alberto, hace dos años, porque pescó a su madre y a un hermano mayor colocando los juguetes y como tú, me llevé un mal trago aunque ese año seguí haciendo creer a mi madre que no sabía nada. Cuando el año pasado vio que lo sabía, ella también se desilusionó pues se lo pasaba muy bien viendo cómo, en la víspera, yo colocaba los zapatos y algo de turrón cerca del balcón. Pero qué le vamos a hacer, es que ya soy mayor.

—Sí, sobre todo eso, eres mayor —le digo con ironía.

No me presta mucha atención pues está viendo, a través del cristal, como pasa una pareja de guardias civiles embutidos en sus capas, con los mosquetones colgados del hombro.

—Unos como esos me llevaban a mí hasta Padrón cuando era más pequeño—me dice con la mirada fija en la pareja; una mirada un poco perdida como si estuviera viéndose años atrás camino de su primer colegio.

Oyéndole me doy cuenta de que si se ha hecho mayor, no en edad, sino en personalidad, en vivencias, bastante más mayor que los amigos de su barrio, con los que se va a encontrar durante las vacaciones.

—¿Sabes? —me dice mientras manipula el paquete que ha hecho con las peladuras de las castañas—Me gusta este día, estoy

deseando de llegar a casa y ver a mi madre y a mi familia y a mis amigos y comer lo que me gusta y no tener prisa para levantarme; y eso que, como de costumbre, acabaremos haciendo el viaje en el pasillo, pero me da igual pasar la noche despierto, en cuanto llegue, que será de madrugada, me meteré en la cama hasta las tantas.

Un golpe estridente llama nuestra atención al otro lado del ventanal. Los topes del vagón de cola de un convoy han chocado contra los del dique de fin de vía. Uno tras otro, el resto de los topes de los vagones van chocando contra el que tienen a continuación, hasta que el convoy queda inmóvil. A la cabeza del mismo, se ve la máquina que suelta chorros de vapor por sus costados como si fueran unos inmensos suspiros tras el esfuerzo. Como si obedecieran a una señal, el andén se puebla de gente de lo más variopinta con intención de subir al tren. Unos con maletas, algunas atadas con cuerdas. Delante nuestra, un matrimonio pasa deprisa con intención de acceder al tren, él lleva una enorme maleta mientras la mujer porta una cesta de la que sobresalen dos pares de patas de pollos, por el tamaño deben de ser capones, atadas entre sí. Los mozos de cuerda, con sus carretillas o con maletas al hombro, seguidos de los propietarios que, con paso rápido tratan de no despistarse, van sorteando personas con el fin de llegar los primeros para elegir asiento. Un mozo empujando un carretillo lleno de maletas, procedentes de la facturación, se dirige parsimonioso hacia el vagón de carga. En medio del tumulto Mundi me dice:

—Creo que es mi tren.

No ha terminado de decirlo cuando una cara aparece pegada al cristal, desde la parte de fuera, con la nariz redondeada de la presión sobre el vidrio; las manos, una a cada lado de la cara, haciendo de orejeras para poder ver a través del ventanal. La cara del pínfano que daba la calada, mira hacia Mundi y silabea: "Nos vamos", mientras la cabeza se inclina hacia el tren.

—Lo que te dije —me comenta Mundi— para cuando subamos estarán todos los asientos de 3ª ocupados. Otro viaje en el pasillo.

Nos levantamos, él coge su pequeña maleta y mientras yo me pongo el abrigo y la bufanda, con disimulo toma el paquete con las peladuras de las castañas y lo tira debajo de la mesa. Yo miro para otro lado, hago como si no le hubiera visto. Al pasar por la barra,

viendo que hay hueco, le pido a uno de los camareros un bocadillo que me da envuelto en un papel.

—Toma — le digo— para que te lo comas en el viaje.

—Gracias —me contesta— abriendo una esquina del papel para ver de qué es.

Los dos salimos al exterior de la cantina. Tres de los cinco pínfanos le están esperando.

—Adiós —me dice— que pases buenas navidades y lo mismo les deseo a los que lean esto.

—Gracias, igualmente. Pásalo bien chaval y que se cumplan tus deseos—le contesto mientras él y sus compañeros se entremezclan con el resto de los viajeros que van hacia el tren.

Al poco los veo subir a uno de los vagones y los pierdo de vista. Minutos después, el jefe de estación, tocado con su gorra roja, hace sonar la campana y acto seguido levanta su banderín. La máquina lanza otro bufido y se adorna con unos enormes mostachos blancos formados por el humo que despide. Poco a poco, el convoy se pone en marcha e instantes después sólo se acierta a ver los pilotos rojos del último vagón y restos de nubes de humo que la máquina ha soltado por la chimenea.

Se ha hecho de noche y el tren parte hacia lugares en los que otras personas estén contando las horas que faltan para encontrarse con sus seres queridos. Ellos, los viajeros, la mayor parte, también tratarán de que pasen esas horas, unos durmiendo, otros charlando, otros imaginando y recreándose en lo que sucederá a partir de que el tren llegue a su destino. Mundi, casi seguro, que estará entre estos últimos mientras, acompañado del sonido monótono de las ruedas al pasar por las juntas de dilatación de los raíles, ve pasar ante él las estaciones oscuras y frías, apenas iluminadas por alguna farola, dando rienda suelta a su imaginación en un adelanto onírico de lo que va a vivir, disfrutando por anticipado de unos días en los que la gente se colma de buenos deseos que transmite a los suyos, aunque no siempre se cumplen, días que constituyen un paréntesis en el quehacer cotidiano, días en los que se abre un hueco al recuerdo de los seres queridos ausentes, o que les dejaron para siempre, días,

en fin, en los que, aún, muchos Mundis, que lo fueron, reviven aquellos regresos a casa, mientras los disfrutan con los suyos.

NAVIDAD DEL 2010

¡FELICES NAVIDADES!